

Justo aquella noche tenía que entrarle su neura a La Celosa, ¡ma!

Se le ahumó el pescado, si querés que lo diga en gaditano.

Bueno... no sé si en la selva o donde ellos viven pasará otra cosa, eso no sé, pero los animales, las fieras, en tiempo de tormenta, no es lo mismo, bien no andan. Por lo menos, las de circo, cómo no. Y aquella noche estaban nuestros animales pero muy revueltos, rebullendo, gritando, bramando. Como en el barco de Noé. Que habló el Di Caro de suspender la función y la gorda Renata «*ah, no, no, ¿pero estás loco vos?*» Y hubo función, claro.

La Celosa...

Pasó a mitad de número, con los seis leones sentados en sus taburetes.

Mirá, antes de bajarlos para el trabajo en los aros y la pasarela, el Markoff iba de uno en uno a que le dieran la mano desde los taburetes, y a las dos leonas se las besaba, así muy caballero. La Celosa se la dió enseguida la manito... bueno, que acá se dice la manita. Se la dió como siempre. Entonces el pobre tipo le hizo la reverencia, agachó la cabeza, adelantó los labios. Y...

Esperá: ¿no es esa la voz del doctor Flores, che? Porque a él si que me sirve escucharlo, al capo. A ver si esta mañana me dice algo del alta. O me ve él, no el de la barba, y me dice cómo va esto. Seis operaciones ya en ni tres años, no sé, no sé.

Pero no es... No. Ya vendrá él. El doctor Flores.

Perdoná otra vez, y oí ésto ahora, Joaquín, muchacho, oime bien: con todo y lo que te dije de que le veía las intenciones, después de tantos años tampoco sé yo, todavía no entiendo a ratos si esa leona lo hizo queriendo aquello, o fue como si la hubieran empujado los golpes del ventarrón. O que se le fue el cuerpo detrás de la mano, y por eso le saltó al pecho al Gran Markoff y lo echó al suelo. Porque, al empiezo, ni sabía qué hacer con él; ya luego, sí. Pero, apenas tirarlo, lo tenía de costado al hombre entre las patas y ella métale a sacudir la cabeza de un lado a otro como una pava sonsa, con la boca bien cerradita y sin erizarse ni morder ni rugir según nos esperábamos todos. Que igual, y hasta estando en ésa, casi me dió lástima el desconsierto del animal: como si lo hubiera atacado al hombre sin querer, un chiquilín que acaba de hacer una gran macana y no sabe por dónde tirar ni cómo arreglarlo, de puro aturdido. Hasta el primer arañazo grande a la cabeza contra el suelo, que ya le abrió al ruso de la barbilla a la oreja, quizá hasta eso fue un mero descuido, pobre bestia, nomás como si hubiera acomodado la mano, cambiándola de sitio por encima de la cara l'hombre sin siquiera mirar lo que hacía.

Ah, pero ya luego no.

Ya en cuanto hirió, ya se acordó La Celosa de quién era, ¿por el oler y el ver la sangre? Se portó como león, ¡pucha si se portó! La tormenta de afuera se le metió p'adentro, le salió la atorranta y lo primero fue mandar el látigo, de un bufido y un manotazo, al otro lado de la pista que, si le alcanza al Markoff, lo destronca; lo que es que todavía andaba el bicho un poco en ese desconsierto como de piba, se conoce, medio asombrada de haberle entrado así de duro al amo y tenerlo ahí tirado. Andaba estorbada por ese bulto del suelo, metió la cabeza entre las patas, se dió dos lamidas en la concha, bueno, el coño decimos acá, y luego métale otra vez a cabecear de un lado para otro. Hasta que se enredó con el hombre.

¿Me alcanzás otro poco de agua? No quisiera, porque después hay que mearla y duele, mmm, ¡los coágulos!... Pero ahora sí tengo que beber, es bueno para mí beber mucho. Y este vaso, ¿me lo ponés en la mesita, che, Joaquín? Gracias.

Y, se enredó así de feo. Bueno... entre las lamidas y los cabeceos de la leona, el polaco se había podido hincar, el tipo había conseguido ponérsele de rodillas, delante. Levantarse, no; lo que es pararse no podía, no lo dejaba pararse La Celosa, eso era ya demasiado

Qué. Verla frente al hombre, las cabezas casi juntas ahora y el tipo de rodillas echándole coraje, sin quitarle la vista de los ojos y hablándole a los gritos; hasta hubiera parecido cosa del número si no era por las mangas y las hombreras y los dorados del saco del Gran Markoff, colgándole a tiras de los zarpazos, rápidos como bofetadas en seco, y también por la sangre, cara y pecho abajo la sangre del hombre, ya en todo lo suyo de fiera el animal pero sin rugidos ni visajes malos. Ni siquiera lo de alzar el labio, ¿te lo podés creer? A lo más, las orejas pegadas atrás a la cabeza, así feo, pero enseguida las enderezaba. Y bueno los demás leones ya sí, ellos sí, los cuatro machos y la otra hembra, uno bramó, y mucho golpe todos de rabos nerviosos, que lo estaban ya con la ventisca y luego con aquello. Pero quietecitos en sus taburetes, como aguantados de momento por la costumbre de la voz del amo aun viéndolo en el suelo, que daba no sé qué oírle esa voz con los mandos de siempre y verlo tan en la mierda.

La que se movió fue Kimba la otra leona, la más vieja, que esa sí se echó al suelo y se acurrucó delantito de su taburete, junándolo al Markoff como para abalanzársele también y como diciéndole de lado a La Celosa pero a qué esperás guacha arrastrada, entrale ya del todo a ese hijueputa del látigo, o es que querés que te eche una mano.

Y, a todo esto, noté recién que nadie en el circo alborotaba o gritaba, ni una mujer siquiera, quién sabe qué se creían esos desgraciados y en qué pensaban, tanto indio callado carapalo, tanto minero y paisano bruto, que muchos, te dije, habían llegado a ver el circo de bien lejos, de Cuevitas, de

Las Arenas, de todas esas sierras secas, sin un mal yuyo, ni espinoso. Y aquella leona vacilando otra vez, el cabeceo fuerte ahora, como nena mala que ha ganado y aún medio obedece por la costumbre del miedo, pero que ya va a matar. Matando estaba, estaba segura de que lo tenía al hombre cagado, y como que anduviera aprendiendo, así de a poco, para qué le servían las uñas y los dientes.

Lo dejó.

Para mí que lo perdonó al Gran Markoff, lo dejó igual que lo agarró, cuando quiso y según quiso.

Saltó otra vez al taburete y se relamía el hocico como cuando comen.

Lo dejó por miedo y por lastima, por cariño, por todo, andá a saber. ¿0 que la cansó el jueguito? Si es león, yo estoy en que llega al final, y eso que, cuando andan sueltos, las que salen a cazar y a matar son ellas, dicen, y los melenudos esperan recostados a la sombrita, hacen de caferatas. Los que chupan de las mujeres.

Pero ésta dejó su taburete y, con el hombre en el suelo, corrió al túnel de fierros por el que entran a la pista y salen. Que no estaba ni abierto. Alguien se lo abrió a las prisas y allá se metió La Celosa tirando de toda la leonera como el que tira de una sogá, que hasta se atropellaban los otros cinco por salir de la pista. Huída y asustada La Celosa, creo yo. Sin ni querer mirar lo que había hecho. O por no seguir haciéndolo, vaya a saber. Tanto tiempo y tampoco sé ahora por qué me caía mejor que antes, en vez de peor.

Y bueno, el polaco salió de la jaula a los tumbos, y del hospital de Antofagasta a las dos o las tres semanas, que aquello nos costó un quilombo y encima perdimos seis o siete funciones. Un brazo no acabó de arreglárselo nunca, un tendón, me parece. Y sería mera casualidad pero mirá, La Celosa no remangó más aquel medio labio, ya se había dado el gusto. Lo que te dije a vos, ¿es que conoce alguien a nadie? Y que la gente somos animales y los animales son gente a su manera, decíme que no. Estoy oyendo por el pasillo el carrito del almuerzo y vos sí que tenés suerte, Joaquín: mirá, ya hoy vos, sin el gotero, sin la sonda... Era menos que lo mío, claro. Mucho menos.

Pero, hablando de comer, no más salir del hospital, el polaco le entró duro a La Celosa, a medios ayunos la tuvo. Medios ayunos entreverados con látigo y cariños. Con todo y el brazo malo, se estaba con ella las horas y, mientras anduvimos por Chile, él siguió trabajando en lo suyo. Siguió. Luego, ya no, luego debieron desinflárselo las bolas, los cojones leoneros.

El Gran Markoff.

Grandísimo.

Dejo el París y lo vi a poco en Buenos Aires, a los dos años o así, de portero y mozo vendedor en el Baenum Argentino. Vivía solo, por el Once.

Se mamaba parejo y seguido, con aguardiente, la caña esa brava del país. Una noche lo acompañé desde cerca de la Avenida'e Mayo hasta su pieza. Y se acordaba de mi aviso el tipo, se acordaba:

—Rasón, gallego, verdá tú, Linka no era contenta. Era mala.

A buena hora.

Domador yo no soy, pero ¡que él no viera antes la que se le venía encima!, bruto grandote ese ruso. Sin escucharme. Como los políticos, que apenas verse con todo en las manos, ya no oyen a nadie, pierden la vista. Y hacen las cagadas.

La comida. Buen día, muchachas.

A ver quién es la que le da al manubrio de esta cama. Como a un organito callejero de tango, de los que ya no quedan. A... así. Un poco más alto, que pueda yo medio sentarme a comer.

Gracias.

Vos, no ya sentado: ahora podrías hasta comer parado, qué suerte. Mañana como mucho te darán el alta, vas a ver. Y bueno, yo... Yo no sé si es que tendré otra cosa y no me lo quieren decir. Algo serio del todo. Pero no. Son temores míos. No. A ver si le pregunto otra vez a... O de tarde, cuando venga mi nieta: ¿viste qué linda? Y ya no es una nena. Mejor ella, sí. Ella que lo pregunte.

Buen provecho, che.

El puré de hortalisas, cómo no. Pero, aunque lo pongan seguido, es bien sano, y notás que éste lleva mucho. De todo. Zanahoria y porotos, más. Va lá, no te quejés.

Rico también el estofadito de carne con verduras, ¿no es cierto?

La carne, claro, nunca es aquella. La argentina. Pero allá, estos últimos años... Yo no me lo podía creer. Mirá que, antes, el carnicero te dejaba a la mañanita, en la ventana o en la puerta, el paquete de bifés o de asado, ahí nomás, como si fuera carta que nadie va a llevarse. Y yo no andaba nadando en plata, no señor, es que la carne allá es... era como el pan. Cosa de todos. Quién conocía luego la Argentina, las cajas con comida para ayuda familiar repartiéndose en las escuelas, medio Buenos Aires sin plata, y fijáte que los ingleses no van a ser siempre la desgracia, los ingleses y el colonialismo. Algo haremos mal también nosotros. Bueno, ellos. Los argentinos.

Hoy, flan.

Un día, natillas y al otro, flan. Que tampoco llegan a cansar, ¿viste? El flan es más como el dulce de leche, en lo apretadito. Y las natillas en el gusto. Pero tampoco se parecen mucho, no. Acá no se hace el dulce de leche y es... ¡essss!... aay, pará, ¡cuánto mal... mmm'stos coágulos!... O lo que sea, ¡lo que sea, che!